

## UNA COMIDA ÍNTIMA, UNA CABEZA Y UNOS VERSOS

Estaba ya atareado preparando un artículo, entre las pilas de papeles que apenas si dejan sitio en mi mesa al paquete de cuartillas en que acostumbro a trabajar, cuando se abrió, rápida pero suavemente, la puerta de mi despacho y dió entrada a la figura espiada y fina de D. Carlos Soler,

Como es uno de nuestros mejores amigos en la Compañía, le hice el recibimiento cordial con que siempre se le ha acogido y acogerá en la redacción de la REVISTA.

—¿Qué le trae por aquí, Soler?

—Quisiera que viese usted una cabeza admirable que me ha hecho un profesor de la Escuela.

—Le prometo que si tengo tiempo, si dispongo de un momento para escapar, iré a verla. ¿Quién es el autor?

—Gregorio Bazán, nuestro profesor auxiliar de Electricidad. Es todo un artista. No se puede usted figurar la vida, la expresión que tiene la obra.

—Me alegro mucho de que vayan surgiendo artistas entre los empleados de la Compañía.

—Crea usted que éste me ha sorprendido. Me pidió permiso para hacerme una cabeza en barro; se lo di sin inconveniente, y al otro día vino con la pasta y dos palillos. Se puso a trabajar,

sin darle mayor importancia, y, en unas horas, «me sacó» que no se puede pedir más. Don Carlos Soler, cubano, al decirme esto añadió

—¡Qué cordialidad la de ustedes, españoles! No recibo más que muestras de afecto y consideración por parte de todos. ¡Si viera usted con qué cariño ha modelado Bazán el busto y otros me han pintado unos pergaminos, y los de más allá están confeccionando un álbum para que los lleve a Cuba!

Y a continuación me habló largamente Soler del afecto con que había sido tratado en España, y de lo español que se sentía por irresistibles afinidades de raza.

Había recibido Soler orden de partir para Cuba, y era aquella su visita de despedida a la redacción de la REVISTA.

El Departamento de Instrucción, del que era subdirector, le demostraba por aquellos días, como un solo hombre, su consideración y su estima. Y aunque ya en un banquete oficial, del que damos cuenta en otras páginas de este número, se le había despedido en unión de Mr. Hale, los profesores y empleados de dicho Departamento, que en su mayoría no pudieron ir al banquete, le obsequiaron, el 13 de enero pasado, con

un almuerzo íntimo, que se celebró en un comedor castizo y madrileño de casa Botín.

A esta comida íntima nos invitó Soler expresamente, y nosotros le prometimos un brindis en versos rápidos. Con esto nos despedimos.

El almuerzo tuvo lugar con extraordinaria animación y muy nutrida concurrencia, entre la que recordamos a D. Pedro Pérez Sánchez y su hijo, Sres. Peláez, Rodríguez Collette, Bazán, Apolinario, Barona, Vía, Olóriz, Llaneza, Gortázar Rossi, Espinosa, Cámaras (D. Cecilio), Muñoz, García Sánchez, Losa, Pastora, Jiménez, Dupuy, Grima y otros que han escapado a nuestra memoria.

Todo el almuerzo fué una muestra continua de ingenio y buen humor, en el que tomaron parte principal Bazán, el escultor, y Grima, secretario del Departamento. Renunciamos a reproducir las cosas que allí se dijeron a propósito de unos y otros.

A la hora que, en términos taurinos, llamaríamos «de la verdad», el director de esta REVISTA, haciendo honor a su promesa, dió lectura a unos versos que llevaba recién emborronados con lápiz en dos volanderos trozos de papel. Hélos aquí:

Amigos míos: Ayer  
no hablé yo, como quería,  
porque no podía ser,  
que cantaron a Soler  
con voz mejor que la mía.

Pero en esta reunión,  
más íntima y de mi gusto,  
dejad que mi corazón  
haga su salutación,  
que no hará más que lo justo.

Carlos Soler, la finura  
de espíritu, el ademán  
de la distinción más pura  
y una suave compostura  
que atrae con fuerza de imán.

Amigo, seguro y fiel;  
alma, a la franqueza abierta:  
nadie ha llamado a su puerta  
sin que haya salido él  
con el alma descubierta.

Entre españoles está,  
y está como en patria suya;  
mas, para que contribuya  
con nostalgia, se nos va.

Cubano, de nacimiento;  
internacional, de oficio:  
no le conozco más vicio  
que su gran desprendimiento.

Ingeniero consumado  
y romántico a la vez,  
no mengua su solidez  
el perfil seco y quebrado.

Que así son por gloria nuestra,  
los hombres de hispana raza:  
tan duros en la palestra  
como sobrios en la traza.

Este es don Carlos Soler,  
el del corazón simpático,  
el del equipo automático  
que ha inventado por placer.

Por placer, porque lo ha hecho  
jugando a probar su maña;  
pero vaya satisfecho,  
que ha sido un bien para España.

Casi es de ayer el abrazo  
cordial de su bienvenida,  
y hoy deshacemos el lazo:  
señores, así es la vida.

Pero he dicho deshacer,  
y no romper; eso nunca:  
que amigos como Soler  
sólo la muerte los trunca.

Amigo: pues que volvéis

a Cuba, la indescriptible,  
y, por fortuna, tenéis  
un alma noble y sensible,  
yo os pido que dondequieras  
que os halléis entre cubanos  
les digáis que son hermanos  
nuestros bajo otra bandera.

Y si dudaran, acaso  
porque el dibujo no iguale,  
yo os digo que lo que vale  
es que son del mismo raso.

Y pues que parecen dos,  
Cuba y España, y son una,  
no os puedo decir adiós,  
sino: Muy buena fortuna.

A continuación,  
D. Carlos Soler dió  
las gracias, y des-  
pués hablaron los  
señores Pérez Sán-  
chez; Grima, que  
parodió una cono-  
cida décima clásica  
con suma gracia;  
Rodríguez Collette,  
Olóriz y bastantes  
más; que todos que-  
rían decir algo en  
honor del agasa-  
jado.

A los dos días  
estuvimos en la Es-

cuela de la Compañía a ver la obra de  
Bazán. Podemos decir, y basta, que los  
elogios de Soler no eran exagerados.  
Bazán tiene un gran temperamento de  
escultor, y la cabeza es del mejor estilo.  
Ante su obra, nos dijo Bazán que habí-  
mos coincidido, sin ponernos previa-  
mente de acuerdo, el escultor y el poeta.  
Cada uno había descrito a Soler a su  
manera, pero con idéntica expresión  
del original.

Sólo nos resta añadir que, al pie de  
la escultura, hay esto escrito en el barro:  
«A D. Carlos Soler, cubano-español.  
Gregorio Bazán, español-cubano.»

En estas palabras  
se resume el sentir  
de cuantos han tra-  
tado a Soler y se ex-  
presa el afecto con  
que los empleados  
de la Compañía Te-  
lefónica Nacional  
de España saluda-  
mos en aquél a to-  
dos los de la Com-  
pañía Telefónica  
Cubana, nuestra  
hermana de allende  
el Atlántico.

F. ESCRIVÁ  
DE ROMANÍ.



Cabeza de D. Carlos Soler, modelada por nuestro com-  
pañero Gregorio Bazán, profesor auxiliar del Departamento  
de Instrucción, que se ha revelado con esta obra  
como un artista de positivo mérito